

Domingo XXV del Tiempo Ordinario (24-09-23)

- Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado
- Festividad de la Virgen de la Merced
- Clausura del Mes de la Familia

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Querido monseñor Guillermo Elías, encargado de la Pastoral Familiar de nuestra Arquidiócesis.

Querido Padre Tomás Garván, Párroco de la parroquia de Mercedarias.

Querido Padre Roberto, de la Parroquia de San Pablo, en Breña.

Queridos hermanos y hermanas aquí presentes:

Hoy día, el Señor quiere que concluyamos este mes de la familia reunidos en comunidad con todas las familias como un signo de agradecimiento por Su paso por nuestras vidas, por el camino que significa construir, en medio de la adversidad del mundo actual, estas familias que, muchas veces, se dispersan por todos lados, por tantas necesidades que tenemos los humanos que vamos peregrinos por el mundo, y tantos problemas que tenemos para construirlas. Pero, hemos querido reunirnos, hoy día, para agradecer a Dios, especialmente, por todos aquellos que se esfuerzan en medio de las dificultades.

Y, por eso, también queremos agradecer la presencia de toda la Parroquia de las Mercedes, las Mercedarias, que tantos años han acompañado a nuestro pueblo, y por todo el barrio, por todos los muchachos que han venido hoy día. ¿Les pareció bien que les haya enviado al Padre de Tomás? (aplausos). “Otra cosa!” ¿no?

Bueno, me alegra mucho porque él (Padre Tomás) tiene un corazón muy grande, y lo que necesitamos es eso, esto que nos dice hoy día el Evangelio (San Mateo 20,1-16) y que el Papa ha recordado: que nuestro Dios es un Dios que nos busca a todas horas y nunca nos abandona; nos sigue, nos acompaña, no nos “persigue”, nos acompaña y quiere ayudarnos. Y, por eso, esta imagen tan preciosa de que sale este señor a buscar trabajadores para su viña y el Reino de Dios se parece a él. Y Dios reina cuando nos busca para que encontremos un solaz, un consuelo y tengamos trabajo también.

En ese sentido, primero, se le ofrece, al inicio del día, a estos trabajadores que contrata por un denario, que sería más o menos lo que es el salario diario. Hoy día, por el cálculo que hacemos nosotros, el equivalente sería unos 55 soles como promedio de salario al día, salario mínimo (aunque debería ser más, pero, en fin). Se contrata por este salario que todos solían ganar en un día para que, por lo menos, en esta jornada pudieran trabajar. Pero el señor va contratando a otros más,

tarde, más tarde ... cinco veces hasta llegar a los de la última hora (se llama la hora undécima, que es un poquito cerca de las cinco de la tarde, porque a las seis de la tarde anochece en Israel).

Y, entonces, en esta hora, al final, el Señor los llama para pagarles, y la cosa más interesante es esa, que le paga a los primeros lo acordado, pero empieza a pagarle lo mismo a los que han trabajado menos. Y se suscita algo raro, porque si ustedes ven bien, se está produciendo un acto de generosidad. Si los últimos que han trabajado menos se les paga lo mismo, quiere decir que está regalándoles, porque no han trabajado tanto. Y esto lleva a las primeras personas al cálculo.

Hoy día, el Papa ha hablado de eso, cuestionando por qué constituimos la vida sobre el cálculo y no sobre la generosidad de esta persona que ha querido entregarles lo mismo a todos, sobre todo, pensando en los últimos. Y, entonces, a uno de ellos se le ocurre decir algo así: “Entonces, a mí me debes 400 soles porque he trabajado todo el día”. Y ese cálculo no estaba previsto, ese cálculo no era lo acordado, no era lo justo. Por eso, el señor dice: “Yo he procedido justamente” ¿Por qué tu ojo es posesivo si yo soy bueno? ¿Por qué interpretas mi bondad como cálculo, como interés? ¿Por qué no aceptas que aquel que llegó más tarde y que trabajó menos, yo le estoy regalando, y mejor te alegras conmigo de compartir un poquito más con ellos?”.

La envidia, entonces, es esta tendencia a desfigurar las cosas por tener un “ojo posesivo”, y esto quiere decir que todo depende

de cómo vemos las cosas. El punto de vista de Dios es distinto a los cálculos que hemos aprendido nosotros en la vida, mucho más en este último tiempo en que todo lo calculamos. Y todos están pensando en cuánto se gana, cuánto se va a sacar, cómo sacamos tajada de algo, inclusive, nos corrompemos o nos metemos en líos para sacar algo de dinero. Y esa costumbre, que luego se introduce por las ideologías y el pensamiento moderno actual, termina por abandonar el sentido de la generosidad, del compartir y de la solidaridad.

Quiere decir que el Señor nos busca para hacernos felices, para que la generosidad, lo gratuito, la gratuidad, se instale en nuestras vidas y ya no tengamos que estar calculando, sino que, justamente, porque todos damos a manos llenas podemos compartir todo lo que tenemos. Estas experiencias son las que tenemos muchas veces en las familias ¿Sí o no? Porque nuestras familias (si bien es cierto, hay peleas entre los hijos, o qué sé yo ... que me dio más mi papá, que no sé qué, que no sé cuánto, por qué le tiene preferencia a este o al otro ...), al final, hay una cosa en que todos estamos de acuerdo: en primer lugar, los más pequeños, primero ellos. ¿Sí o no?

Y, por eso, yo quiero, hoy día, agradecerles a todos los que se quejaron de un afiche que salió esta semana, en donde nos ponían a nosotros como autores (yo no he tenido nada que ver con ese asunto), porque es una comisión encargada que “metió la pata” diciendo que aquí, a la Iglesia, solamente podían venir hasta los niños de 10 años, porque los otros molestan. ¡Qué

pena! Y no ha sido hecho con mala intención, era por razones de protocolo. Y eso es lo que pasa, que ahora estamos con todo ese asunto del protocolo y “nos cerraron la puerta” ¿no?

Hace unos días, por ejemplo, en una universidad, nos dieron la puerta abierta, pero había mucho protocolo, entonces, era muy enredado hacer una reunión de tres mil jóvenes con mucho protocolo. Y, entonces, nos abrió el colegio Claretiano y no había ni protocolo ni nada, pero había orden y mucha libertad para organizarse. Y la Jornada Arquidiocesana de la Juventud salió “bacán”, como dicen los muchachos ¿Por qué? Porque había un poco más de soltura en las cosas, y uno de los problemas que tenemos hoy día es que, a veces, tenemos muchos miedos de muchas cosas y eso nos vuelve rígidos y olvidamos los principios.

Yo quiero decir una cosa aquí en base a esta parábola: no solamente los niños y los más pequeñitos, inclusive, tienen las puertas abiertas de todas las iglesias ... ¡y debe ser así! Y muy bien los que se quejaron - a pesar de que no era con mala intención lo que se hizo, pero está bien quejarse por eso - porque eso no es solamente un problema de entradas y salidas a los templos, ese es el punto de partida de la salvación: Dios va a poner a los primeros como últimos y a los últimos como primeros.

Y eso que hacemos en la familia (al niño pequeño, primero; al más débil, primero), ese es el camino de Dios, ese es el fundamento de toda la salvación cristiana. Y, por lo tanto,

tenemos que esforzarnos todos por cambiar de manera de pensar. Por eso es que, en el juicio final, cuando nos interroge el Señor, será en torno a lo que hicimos por el pequeño, por el pobre, por uno de mis hermanos, por los que sufren, los hambrientos, los sedientos, los migrantes, los niños. Y los niños pequeños, los “chiuchis”, “pichiruchis”, los chiquititos, ellos son los privilegiados de Dios. *“Vengan a mí todos los que están cansados...No impidan que los niños vengan a Mí”*, dice el Señor.

Y, por eso, vamos ahora a reflexionar brevemente sobre lo que nos está queriendo decir el Señor. Esto va para toda la Iglesia, para todas las familias, para todos nosotros, pero para toda la Iglesia: siempre en la historia de la Iglesia, los más antiguos se creyeron privilegiados, y eso no ha terminado. Sucedió en el judaísmo y después sucedió en la Iglesia católica. Entonces, los que somos más viejos decimos: “Ah, yo sé. Yo conozco toda la doctrina, así que este “pichiruchi” que llega recién a la primera comunión o a la confirmación no sabe nada, así que ... ¡católico de segunda!”.

Y, entonces, nos empezamos a poner chapas y se crea “la élite”. Eso me pasa con los curas también. “Ah, nosotros somos lo máximo. La gente es chusma, chusma, chusma”, como dice Kiko. A eso, el Papa le llama clericalismo, pero, también, en el caso de los laicos, es elitismo, es decir, la idea de que “yo soy la crema innata, la élite”. Y, entonces, me separo de la gente y

no tengo en cuenta sus necesidades, porque no pienso en el otro y, sobre todo, en el otro más pequeño, el último.

Tenemos que repensar toda nuestra Iglesia en ese sentido. Por eso que el Papa está diciendo que necesitamos una Iglesia sinodal. Sinodal porque estamos caminando juntos, todos nos escuchamos y, sobre todo, que estamos en salida como Dios, que sale a visitar a los que están necesitados y los invita a trabajar en la viña y les paga lo mismo.

Este Dios que nos promueve, que nos alienta, debe vivir en cada uno de nosotros, y todos, por eso, debemos ser como Dios, en salida hacia las periferias, hacia donde están los pequeños, en disposición, en apertura a dejarnos interpelar y acompañar y crecer juntos con ellos, integrando siempre a los que más sufren, a los que tienen mayores necesidades.

Yo quiero felicitarlos en esta entrada de la Virgen de la Merced a la Iglesia de la Catedral, presidida por su párroco y con todos ustedes, porque es una iniciativa lindísima. Es la primera Parroquia completa que se viene a celebrar la misa acá, y yo les agradezco mucho (aplausos). Y tenemos, en el alma, a muchos párrocos que fueron muy buenos párrocos. Yo tuve uno de ellos, que empezó su primera parroquia en Mercedarias, el Padre Luis Sánchez, que está ahora viejito, pero que conserva muchos recuerdos porque ahí se inició.

Y yo quisiera también, hoy día, agradecerles a todos, especialmente, a todas las familias, a todo el esfuerzo que monseñor Guillermo está haciendo junto con todos los grupos

organizadores, para que nos dispongamos siempre a esta lógica familiar que es siempre de servicio. El Papa habla en *Amoris Laetitia* de la misión de las familias que han logrado ir avanzando respecto a las familias que están en problemas. Eso es la misión interfamiliar y, evidentemente, a las que más problemas tienen, deben ser privilegiadas en la pastoral.

Por eso, les pido a todos que todos nos consideremos misioneros como Dios, un Dios misionero que sale a buscar; y que nos ayudemos mutuamente en este lindo camino que Jesús nos ha propuesto en su parábola y que permite hacer esta reflexión final: “Tus caminos, Señor, no son nuestros caminos; tus pensamientos no son los nuestros. Nos disponemos a Ti para que todos pensemos como Tú, para que tu pensamiento y tu voluntad se haga en nosotros, y nosotros nos dejemos llevar por tu Espíritu, contentos y alegres de que siempre tus caminos nos llevan hacia la felicidad”.

Gracias, hermanos y hermanas. Y también vamos a agradecer al coro chalaco que nos está tocando ahora, que me ha enviado monseñor Luis Alberto Barrera, ese coro chalaco que nos está cantando y que nos va a alegrar hasta el final de la Misa.

Reafirmemos todos nuestra fe, recitando juntos el Credo.